



# La violencia de los justos.

## Reflexiones no obsoletas –así se espera– con Camus

Alfredo Fierro

La génesis de este artículo ha determinado intensamente su carácter y su contenido. No está de más, por eso, comenzar por referir las circunstancias en que el autor se ha puesto a escribirlo o, más bien, reescribirlo.

En febrero de 2010, uno de los editores de *Paradigma*, Antonio Heredia, me invita a participar en el presente monográfico sobre Albert Camus, que cerrará a mediados de junio la recepción de originales.

Me acuerdo entonces de haber tenido a punto de terminar hace unos años un artículo sobre la violencia de los justos en la obra de Camus; y acepto el encargo pensando en retomar y actualizar aquel artículo.

A comienzos de mayo me disponía a cumplir el encargo, pero, de momento, y para no verme influido por lo escrito años atrás, quise empezar a escribir sin releerlo. Precisamente poco antes, el 27 de abril, Jean Daniel, director del *Nouvel Observateur*, había escrito en *El País* sobre la no violencia en términos extensibles a la violencia justa. En él se hacía eco de unas declaraciones del primer ministro palestino, Salam Fayad, que decía haber decidido adoptar una nueva estrategia que no dudaba en calificar de "no violenta". A partir de ahí, Jean Daniel, separaba de cualquier utopismo esa estrategia y señalaba algunos de sus más prestigiosos adelantados. Decía así:

*"El problema fue planteado en el pasado de diferentes maneras. Por Jesucristo, Tolstoi y Gandhi. Están los partidarios de la no violencia como aceptación del martirio y, además, aquellos que, como Camus, inspirado por Simone Weil, dijeron que si, al emplear las mismas armas, el justiciero termina pareciéndose a su enemigo se priva a sí mismo de la posibilidad de juzgarle y de las razones de combatirlo".*

La mención de Camus era demasiado tentadora para desaprovecharla y, transcribiendo el párrafo anterior, comencé mis propias reflexiones, destinadas ya a *Paradigma*, del siguiente modo:

*Las declaraciones de un dirigente palestino le han servido a Jean Daniel, para traer a actualidad un viejo tema: el de la no violencia. Cita a Jesucristo, Gandhi y Tolstoi. Verdad es que este último entendió así al Jesús de los evangelios y que Gandhi, con quien se carteaba, practicó la no violencia. Es peliagudo, sin embargo, entrar en el jardín de discusiones entre exegetas sobre el Jesús de la historia: hay quien le ha acercado a los celotas, revolucionarios violentos de su época; y los evangelios le atribuyen declaraciones nada pacifistas –"no he venido traer la paz sino la guerra, a poner al hijo contra el padre, a la hija contra la madre"–, que impiden alinearle con Gandhi. Pero sin regresar dos mil años atrás, ni aludir tampoco a maestros religiosos, el pasado siglo ha conocido la estrategia y el éxito de la no violencia en algún líder laico inolvidable, como Nelson Mandela. Tampoco sería acertado –y Jean Daniel no lo hace– alinear a Albert Camus entre los moralistas de la no violencia. Más bien fue un moralista de la violencia justa ante la tiranía. Tema recurrente suyo y destacado, tanto en su pieza teatral *Los justos* como en algunas páginas de *El hombre rebelde*, es la violencia de los hombres honestos, la que puede llegar al asesinato del tirano. Realmente, además, su tema son los justos y no tanto la justicia. Es conocido el desplante que le dio a ésta en un acto ante la prensa en Estocolmo el día de la recepción del premio Nobel: "Si hubiera de elegir entre mi madre y la justicia, antes elegiría a mi madre que a la justicia".*

Así comenzado mi trabajo, recuperé del disco duro mi inconcluso artículo, redactado en la segunda semana de marzo de 2003, cuando era inminente –aunque incierta en no pocos aspectos– la invasión de Irak, consumada de hecho el día 20. A partir de aquel día los acontecimientos se produjeron con tal celeridad y en dirección a veces tan imprevista que cada semana mi escrito se quedaba ya obsoleto. Sólo cabía escribir un día concreto, con la noticia de la última violencia de

la víspera, y hacer el oportuno comentario político y moral. Al día siguiente, era ya otro tema, otra violencia, por lo general injusta, criminal. Imposible en esas condiciones redactar un ensayo sobre la violencia de los justos en Albert Camus. Bastaba que el periódico al que lo enviara se retrasara un par de fechas en publicarlo para que resultara inactual. El artículo se quedó en suspenso, inacabado o, más bien inacabable, en vísperas de la irrupción militar en Irak.

Refresco a los lectores de hoy la memoria de algunos hitos y fechas en aquella invasión, a la que sirvió de excusa un presunto arsenal de armas de destrucción masiva en manos del tirano Sadam –o Satán– Hussein. El 1 de mayo, 40 días después de la invasión, el presidente Bush anunciaba con pompa y solemnidad el fin victorioso de la guerra: se habían alcanzado con éxito todos los objetivos militares. Sin embargo, el satanás iraquí, mientras sus estatuas eran apeadas de los pedestales, siguió por un tiempo en paradero desconocido. No sería descubierto y apresado hasta diciembre de 2003, para ser juzgado y ejecutado un par de años después, cuando, por otro lado, incluso mandos militares de la zona empezaban a reconocer que no disponía de tales armas masivamente destructoras.

Al recuperar ahora, en mayo de 2010, lo que escribí en 2003 me pareció que habían pasado no siete sino setenta años: tantos sucesos graves de violencia han acontecido desde entonces. De algunos de los hechos que allí se mencionan me quedaba un recuerdo en extremo impreciso. Y entendí que era inútil o imposible retomar aquel archivo para elaborarlo, actualizarlo, en su enfoque de entonces, como análisis moral de un hecho de actualidad, tomando otro acontecimiento de ahora mismo. Un enfoque así me condenaba a quedar enseguida tan atascado como en aquel viejo ensayo: cualquier puesta al día hoy sería mañana ya inactual, caduca. Por ello, no he querido actualizar tomando como pie un hecho gravísimo de ayer mismo, que plantea parecidas cuestiones morales que la invasión de Irak, aunque en otro escorzo: la legítima –aunque siempre problemática– violencia de los justos frente a la tiranía y al terrorismo de Estado, la elemental y necesaria distinción entre la agresión y la defensa, la necesidad de retrotraerse en el análisis a los primeros actos de una secuencia agresiva, las condiciones de una guerra justa y de una acción violenta justificable.

Estoy escribiendo esta página al día siguiente de la acción israelita contra una flotilla, con unos 600 activistas no armados, portadores de ayuda humanitaria a los palestinos de la franja de Gaza, sujeta a bloqueo por Israel. La acción, perpetrada el 31 de mayo en aguas internacionales y contra todo derecho de gentes, ha dejado nueve muertos; y, en el momento de escribir, ha merecido repulsa en todo el mundo, pero no ha desplegado aún todas sus consecuencias. Podría, pues, tratar de contemplar el suceso con lente de Camus. Podría enmarcar este hecho –de piratería, se ha dicho, pero también de terrorismo de Estado– en la secuencia de otras acciones delictivas de Israel en la propia Gaza y en otros lugares. Cabría analizar la acción de los activistas humanitarios en términos sea de no violencia o, mejor, de violencia de los justos. Pero en un mes, cuando este número de *Paradigma* se coloque en la web, los comentarios al intento humanitario de la flotilla y al acto criminal de tropas israelíes serán del todo ya inactuales.

He optado, pues, por otro enfoque: enjuiciar a la luz de Camus no hechos de ayer, sino acontecimientos que ya son historia, los sucedidos entre 2001 y 2003, aquellos mismos que contemplaba mi viejo escrito; y, por tanto, remitir a *Paradigma*, tal cual, ese antiguo artículo, solamente con algunas notas aclaratorias, que necesitaba y no había llegado a redactar, y otras de recuerdo histórico. A sabiendas de que cualesquiera reflexiones, sea sobre Gaza e Israel, o sobre las fuerzas internacionales en el Irak de 2010, están condenadas a quedar en pocas horas obsoletas, estas reflexiones van a optar por la obsolescencia de los clásicos, como Camus lo es; y, asumiendo la cuota de obsolescencia imputable sólo a ellas, van a consistir en retomar las anteriores de 2003, reproducidas a continuación sin cambio alguno, sólo con notas informativas y anotaciones críticas del autor, que se relee a sí mismo para distanciarse, si hace falta, de lo pensado hace siete años. Lo he consultado con el director de *Paradigma* y no me ha disuadido de proceder así. En justa correspondencia a su amabilidad le he pedido que, de no satisfacerle el resultado, envíe a la papelera mi archivo. Lo entenderé perfectamente. Por tanto, si llega a aparecer en la revista, es que también él ha visto de interés estas reflexiones recicladas.

Así, pues, el artículo que en su momento quiso ser filosofía moral de periódico pasa aquí a ser filosofía moral de hechos de historia. Se transcribe lo escrito en marzo de 2003 incrementado nada más con notas o acotaciones a pie de página, en la esperanza de que siete años más tarde mantenga significado. De ser así, lo entonces escrito o, más bien, Camus, habrá pasado con éxito la prueba de obsolescencia.

## La violencia de los justos

[escrito en 2003]

Desde luego, la plantilla ética con la cual los teólogos morales enfocaron el tiranicidio lícito y la guerra justa<sup>1</sup> está actualmente inservible. Está fuera de servicio, primero, porque las condiciones de cualquier acción de ese género –guerra o atentado– han cambiado por completo; y, segundo, y sobre todo, porque se ha desvanecido la hipótesis básica sobre la que ellos operaban, la hipótesis-Dios, el escenario de un juicio final divino capaz de corregir los humanos errores, incluidos los de militantes del bien y combatientes del mal. En caso de que haya Dios para ajustar las cuentas en juicio final a los humanos, entonces, en orden a evitar horrores terrenales, y aun sin certeza absoluta de que sólo con la acción emprendida sea posible poner coto a las atrocidades, está permitido incluso correr el riesgo de cometer errores, tales como provocar esta o aquella muerte, ya la deliberada del tirano cruel, ya la accidental ("colateral") de alguna víctima inocente no propuesta. Otra cosa es si no hay Dios o no es seguro que le haya, o si la creencia religiosa no autoriza a hacerle entrar en el cómputo y reparación de los daños humanos: si se opera, en suma, sin la hipótesis-Dios, como en 1945 se anticipó a decir el teólogo Bonhoeffer<sup>2</sup> desde una prisión nazi de la que sólo saldría para ser fusilado. Entonces todo cambia: no queda instancia alguna para corregir humanos daños.

Pensaba Dostoievski<sup>3</sup> que, si Dios no existe, todo está permitido. Con razón se le ha replicado, sin embargo, volviendo del revés su sentencia, que, antes bien y por el contrario, en ausencia de Dios o en caso de irrelevancia suya –al no entrar en las cuentas de la historia–, entonces hace falta hilar más fino en la demarcación de lo permitido y de lo prohibido, en la administración de la justicia, en la protección eficaz de los derechos y en la justa defensa de las víctimas.

Donde se decía e invocaba "Dios" cabe, además, leer e interpretar también "Historia", o "la posteridad", o "el tribunal de la historia", que algún día juzgará. Tampoco ésta sirve de instancia reparadora que a la postre llegará a ajustar las cuentas. La posteridad y el futuro no redimirán del pasado, ni de los holocaustos, ni de los errores cometidos por los justicieros. En la futura humanidad, como mucho, se despertará la nostalgia y el grito de protesta por las víctimas que no debieron ser y, dentro de ellas, las víctimas equivocadas, las del "fuego amigo", como se dice obscenamente, las causadas sin querer, pero también sin remedio, por quienes estaban llenos de bienhechora voluntad de protección y justicia.

Sin instancia superior que repare los daños cometidos en nombre de la justicia, la violencia necesaria para hacer valer los derechos de las víctimas y para socorrerlas, si se la quiere ejercer de manera lícita, exige un rigor superior en el análisis y en los requisitos. Así que hubiera sido preciso hilar delgado en el análisis de las circunstancias y de las posibles consecuencias cuando se emprendieron acciones armadas tan variadas, por otra parte, como las intervenciones recientes en Kosovo<sup>4</sup> y luego en Afganistán<sup>5</sup>, o también, en otro orden, en el asalto de fuerzas de seguridad al teatro moscovita de Dubrovka para liberar rehenes<sup>6</sup>. El análisis, desde luego, ha de ser sumamente escrupuloso ante el propósito y pronóstico de lo que se preconiza como ataque preventivo, es decir, como ofensiva de guerra, tal es su nombre, frente a Irak.

Empresas de esa naturaleza –Kosovo, Afganistán, Irak–, aun dentro de sus claras diferencias, presentan un rasgo común y doble, el de desarrollarse como acciones armadas a medias justicieras y a medias preventivas de sospechados males mayores. La movilización de un ataque a Irak parece, desde luego, responder a ese doble objetivo, al menos en el orden de lo confesable, dejando aparte posibles objetivos inconfesables. Se propone eliminar al tirano y su régimen, en parte para hacer justicia y en parte para atajar el peligro mundial que supone su probable o presunta posesión de armas de destrucción masiva.

En una situación así, quienes hemos crecido gracias a la lectura de algunos maestros de humanidad, de moral, de convivencia humana en paz, nos preguntamos: ¿qué hubieran dicho de esto Kant o Rawls, o Brecht, o Russell? Necesitaríamos

1. El tema del asesinato del tirano está en el Padre Mariana (1536-1624). El de la guerra justa, más frecuentado, estaba ya antes en Francisco de Vitoria (1486-1546) y en muchos otros. Puede verse en Alex J. Bellamy, *Guerras justas: de Cicerón a Iraq*, Fondo de Cultura Económica, Madrid 2009.

2. En epistolario póstumamente publicado bajo el título de *Resistencia y sumisión*, Esplugues / Barcelona, Ariel, 1969. La expresión "aunque no hubiera Dios" la toma del jurista luterano Grocio, destacado iniciador del derecho internacional, en *Sobre el derecho de guerra y de paz* (1625)

3. Lo dice Iván en *Los hermanos Karamazov*.

4. La ofensiva de Kosovo por parte de fuerzas de la OTAN se realizó entre marzo y julio de 1999. Con esa intervención y la contraofensiva de Serbia, hubo unos 10.000 muertos civiles y cerca de un millón de desplazados.

5. Empezada la guerra o invasión a finales de 2001, tras el atentado del 11-S en las Torres Gemelas, casi diez años después no ha terminado la sangría de muertes en ese torturado país.

6. En ese teatro Duvrovka, el 28 de octubre de 2002, durante la representación de un musical con un millar de espectadores, irrumpen 40 encapuchados chechenos, que mantienen allí secuestrados a los ciudadanos durante dos días. Finalmente asalta el teatro el ejército ruso con un gas lacrimógeno y otro, paralizante, de gran toxicidad, cuya naturaleza el gobierno ruso nunca especificó. El hecho es que murieron 167 inocentes, dos de ellos por disparos, el resto intoxicados.

poderles consultar. Por desgracia, según la metáfora de Hegel, el búho de Minerva, el de la inteligencia, levanta el vuelo al atardecer: la inteligencia moral, la razón y reflexión ética, suele llegar tarde a los acontecimientos, juzga de ellos cuando ya se han producido. ¿Tiene algún peso esa reflexión antes de los hechos y en orden a evitarlos? Es optimista pensarlo así; pero, a tiempo o a destiempo, tarde ya, ello no dispensa de pensar y recabar la asistencia de maestros. Las reflexiones éticas que siguen están consultadas con Albert Camus y son deudoras de una lectura de su obra como pensador moral<sup>7</sup>.

Una intervención que causa muertos, sean militares o civiles, deliberados o accidentales, no puede derivar justificación ética de un simple cálculo estimativo de las bajas probables. Las víctimas provocadas de manera directa por la propia acción no ganan legitimidad moral sólo por la dudosa estimación de que muchas más víctimas llegarían a producirse sin tal acción. Sea un secuestrador con algunos rehenes ahora en sus manos: quizá les dé muerte y, si anda suelto mañana todavía, proseguirá su carrera criminal con aún más víctimas. Eso no justifica, sin embargo, que el sheriff con mejor puntería del condado, para acabar con él desde la lejanía y sin consultar a los rehenes, dispare a su cabeza en medio del grupo con peligro de hacer saltar por los aires alguna otra cabeza, alguna otra vida, según sucedió en el teatro Dubrovka. Desde la responsabilidad moral de quien dispara o lanza un gas mortífero ¿cabe el cálculo de preferir dos muertos hoy por acción justiciera a diez o veinte muertos pasado mañana por acto criminal?<sup>8</sup>

Las responsabilidades imputables por acción, de efectos ciertos y por mano propia, no son equiparables a las que se siguen por una omisión de consecuencias inciertas, debidas, además, a acciones criminales ajenas que escapan al propio control. Las víctimas mortales y de otra clase, caso de no haber irrumpido fuerzas de asalto en aquel teatro, tal vez hubieran alcanzado (en realidad, nunca lo sabremos) un número mayor que las causadas con esa intervención. Pero ¿basta una conjetura y estimación tan en el aire para la justificación política? No basta, desde luego, para una justificación ética.

¿Cómo estar justificado, cómo ser justos en situaciones extremas de tiranía que sólo pueden empezar a resolverse con algunas muertes? En *El hombre rebelde* habla Camus de "asesinos delicados": rebeldes justicieros que en algunos magnicidios y atentados, entre 1878 y 1903, hicieron coincidir el necesario asesinato con la renuncia a la vida propia. Son los mismos de *Los justos*, cuyo drama y desgarramiento interior dimana del reconocimiento del carácter inevitable a la vez que injustificable de la violencia revolucionaria. Es preciso, sí, ejercer la violencia y quizá matar a uno o a unos pocos, para que muchos otros, los más, vivan en paz<sup>9</sup>. Pero esos asesinos de conciencia sutil y rigurosa son sabedores de la imposibilidad de justificación moral de tal acción<sup>10</sup>. Aceptan, pues, ser criminales y asumen la imperdonable culpa con el fin de que nunca más haya crimen de Estado. Por eso, se entregan ellos mismos a la justicia como única aunque imposible justificación de su acto. Deciden pagar con su vida las vidas que arrebatan; y lo hacen en la esperanza de que este doble holocausto alumbre la promesa de un valor, de un porvenir mejor. No es que deseen morir; no son kamikazes, ni fanáticos tampoco; no esperan ni les espera paraíso alguno. No desprecian la vida ajena, ni la propia. Aman la vida, desde luego, en ellos mismos, pero la aman también en los demás: no sólo en los humillados por el tirano, sino incluso en el tirano. No hay causa digna alguna que justifique matar; pero, si algo se aproxima a la imposible justificación moral, es que el acto de matar o atentar comporte la propia condena a muerte.

El "justo" de Camus no se parece en nada al terrorista suicida, al hombre-bomba que estalla y muere junto con su víctima<sup>11</sup>. Mucho menos se parece a quien hace volar por los aires a distancia o con temporizador un vehículo —estilo ETA— o a quien bombardea con misil de largo alcance la residencia del dictador<sup>12</sup>. No atentará, además, si en la hora y lugar señalados para abatir al tirano se encuentra a su lado su familia o un niño cualquiera<sup>13</sup>. El acto criminal de tales "justos", sin voluntad terrorista ni tampoco

7. Mi deuda con Camus se remonta a mi inicial lectura de él, hace más de cuarenta años. En esos años, sin embargo, he percibido que también los clásicos envejecen. Al releerle ahora, encuentro demasiado afectada de existencialismo romántico la grandilocuencia de muchos de sus héroes. Me resulta Camus hoy más cercano cuando celebra la dicha sin nubes de una sensualidad mediterránea.

8. Al plantear estas preguntas estaba pensando todavía en otro hecho, semejante al del teatro Duvrodka, y, por los resultados, más complejo de enjuiciar moralmente. En diciembre de 1976, 14 guerrilleros tupamaros retuvieron como rehenes a 600 personas en la embajada de Japón en Lima. Liberados muchos de los rehenes, al cabo de cuatro meses, en abril, quedaban todavía 72 personas. El presidente peruano Fujimori hizo entonces asaltar la embajada por comandos. En la operación murieron un rehén, dos comandos y todos los secuestradores, algunos de los cuales fueron asesinados, pese a haber sido capturados vivos. Fujimori alardeó de esta liberación como de un éxito completo, pues en efecto lo fue, sobre todo si se la compara con la del teatro Duvrodka cinco años más tarde; y se hizo fotografiar, como un orgulloso triunfador, en el lugar de la operación.

9. En *Los justos*, el tiranico Kaliayef, lo proclama: "Matamos para construir un mundo en el que nadie volverá a matar. Aceptamos ser criminales para que la tierra al fin se cubra de inocencia".

10. Kaliayef duda de su propio acto revolucionario criminal: "Por una ciudad lejana, de la que no estoy seguro, no iré a golpear el rostro de mis hermanos. No iré a aumentar la injusticia viva por una justicia muerta". 10.000 muertos civiles y cerca de un millón de desplazados.

11. Después de 2003 se han multiplicado mucho los casos de esa inmolación fanática a la vez que criminal.

12. Como cabía temer y de hecho sucedió en Irak y Afganistán: bombardeos sobre lugares donde se presumían estar Sadam, o algunos de sus fieles.

13. Es así como en *Los justos* Kaliayef, en una primera oportunidad, no lanza la bomba contra la calesa del gran duque, por ir éste acompañado de sus hijos pequeños.

justiciera, se hace acreedor a un respeto, porque al precio de su condena a muerte paga el riesgo de injusticia, de error o de injusto cálculo en su acción.

Lo que Camus escribió del francotirador y del grupo revolucionario vale tanto para una patrulla guerrillera revolucionaria como para una alianza militar. Puede que en análisis sólo político el cálculo —o, mejor, la comparación toscamente estimativa— de los horrores derivados del atacar o de no hacerlo, sea suficiente para dar luz verde al ataque preventivo, ayer en Kosovo y Afganistán, hoy en Irak, mañana en otro pueblo. Pero en el juicio ético resulta crucial no sólo el grado de certeza o más bien de incierta probabilidad de los diversas consecuencias posibles, sino el agente que causa los daños: producidos por la acción del sujeto moral enfrentado al dilema de actuar de este modo o de aquel otro; o bien, y en cambio, por la de aquellos a quienes con razón se reputa no ya inmorales, sino criminales. Las actuales o potenciales víctimas de un régimen tiránico o de una organización terrorista no valen de contrapeso para las víctimas no menos reales de una acción con voluntad justiciera o de humanitarismo, de protección de los más débiles. Entre los respectivos efectos de la acción en un lado y de la omisión en otro (y además, ¿quién dijo omisión?, hay otros modos de actuar, no con las armas), no existe simetría alguna para un balance moral.

Es probable o quizá cierto que las víctimas en Irak del poder ejercido por Sadam Hussein sólo puedan ser defendidas mediante una resuelta acción militar. Es ya, en cambio, del todo incierto que las potenciales víctimas del terrorismo internacional —en la invocada "seguridad mundial"— sólo tengan ese mismo modo de defensa y salvaguardia. Al igual que en otros escenarios de guerra, también ahora se prevé emprender la intervención desde las bases de lanzamiento de misiles a distancia de centenares de kilómetros o bien desde los cinco mil metros de altura de los bombarderos. Cuando son bien reales la sangre y la destrucción del otro lado de la pantalla del monitor de tiro, resultan más que inquietantes las semejanzas —cómodo sillón, tablero de mandos, ningún riesgo— entre un ataque de esta índole y el entretenimiento ante una consola de juegos electrónicos o de realidad virtual. El solo pensamiento de esa semejanza resulta estremecedor.

Además, el balance de empresas semejantes en el pasado reciente —en Afganistán sin duda, y todavía por ver en los Balcanes— ha sido de fracaso espectacular<sup>14</sup> respecto a los fines proclamados. Ha habido daños trágicos, centrales y colaterales, daños que no se hubieran producido con otra clase de cirugía política: centenares de muertes y cientos de miles de exiliados en la misma población inocente que se dice defender<sup>15</sup>. Se actúa manifiestamente con escaso rigor ético; y los graves desatinos morales pronto se muestran coincidir con burdos errores de cálculo en la previsión del curso de los hechos por parte de los estrategas militares. El implacable desmantelamiento de un país ya desmantelado anteriormente no ha logrado mejorar el paisaje afgano. El expeditivo asalto al teatro de Moscú tampoco ha contribuido a mejorar el escenario checheno. La paz resultante de acciones así es la de los cementerios. Lo había escrito el romano Tácito: "A robar, aplastar y violar le llaman Imperio; y cuando crean el desierto, le llaman paz".

¿Existen vías y propuestas alternativas a la acción armada convencional? Los ciudadanos han de reivindicar el derecho de repudiar los ataques preventivos y de manifestarse contra ellos, aunque condenen no menos, y antes, los crímenes de los regímenes tiranos —el de Sadam no es el único—, sin estar obligados tampoco, por otra parte, a proponer alternativas operativas a la guerra. Son los gobernantes quienes con el poder y con la información en su mano han de diseñarlas y llevarlas a cabo. Los ciudadanos están autorizados también a denunciar la impresentable justificación militar de ataques escasamente precisos desde los cielos en la voluntad de no tener ni una sola baja en el ejército atacante. Y no menos es para denunciar que a los oficiales del ejército de un país democrático ni se les pase por la cabeza plantear objeción de conciencia no general contra las armas, pero sí específica para participar en una acción armada de dudosa eficacia política y de base jurídico-moral aun más dudosa: la aberración de un ataque preventivo, cuyo verdadero nombre es guerra de agresión ante una amenaza indefinida e incierta procedente de Irak.

Por consiguiente, son falaces el reproche y la pretensión de que deben callar las condenas de una acción armada si no llevan aneja la propuesta de una solución eficaz alternativa. Contra ese reproche, y por el contrario, cabe muy bien decir: "¡no más bombas!", y no saber qué proponer, o limitarse a proponer lo que desde el principio pudo haber sido: para empezar, no haber pertrechado y robustecido a esos tiranos y terroristas, a cuyo caldo de cultivo ha contribuido la misma potencia militar que predica ahora la cruzada y caza del demonio en ellos; después, para continuar, mayor firmeza y sutileza en la negociación diplomática con

14. En Afganistán y en Irak, siete años después, se ha confirmado el fracaso. En los Balcanes no ha ido tan mal la historia. En cuanto a Chechenia, el frente sigue abierto.

15. En Irak, desde 2003, no menos que en esas otras regiones.

apoyo en medidas de fuerza de otra naturaleza, de embargo de armas, de bloqueo económico selectivo e incluso de intervención militar en tierra con exacta precisión en los objetivos. Malparadas tanto la ética como la eficacia política, una vez más se hace patente que una causa limpia no se deja defender por medios de dudosa legitimidad jurídica y moral. O también, y a la recíproca: si los medios no son limpios, ello sucede porque tampoco lo es el fin, la causa invocada.

¿Hay alguna iniciativa que proponer? Sin ningún anclaje textual explícito en Camus, pero sí en consonancia con el perfil de los "justos" en su obra, podría diseñarse la siguiente propuesta, con cierto tinte idealista, mas no utópica. Es la creación y reclutamiento de un cuerpo de intervención armada integrado por voluntarios, convencidos del deber moral de intervenir aquí y ahora –un aquí y un ahora no designados a dedo por el "wanted!" del gran sheriff– en injerencia humanitaria y que arriesgan la vida por exigencias del guión de esa injerencia: para su eficacia y también en testimonio de la gravedad moral de su acto. En el riesgo asumido atestiguan el desgarramiento de conciencia inherente a cualquier uso ético de las armas por una causa humanitaria, la conciencia de quien sabe estar cometiendo un acto tan necesario como quizá injustificable; de quien acaso incluso teme estar equivocado de causa o bien de estrategia.

Para el logro de sus fines esos voluntarios operan sobre el terreno, único espacio donde es posible defender de veras a los indefensos. A estos voluntarios, como al soldado, se les presume el valor, mas no madera de héroes o mártires. Para asegurar al máximo su éxito y también su seguridad necesitan de toda clase de apoyo logístico y cobertura por parte de un ejército convencional aéreo o también de tierra, que sin embargo no agrede, solamente hace de escudo suyo defensor, les suministra, protege y ayuda en sus movimientos estratégicos sobre el terreno. Aun así, al igual que los cooperantes de una ONG en territorio amenazado, ellos también se hallan amenazados, están jugándose la vida y el bienestar con una generosa solidaridad nacida de la decencia ética de quien se toma en serio que hay otras vidas bajo riesgo.

Los cascos azules de las Naciones Unidas<sup>16</sup> ¿corresponden a ese perfil, el de "los justos"?<sup>17</sup> De ser así, la propuesta no sería nueva, ni tampoco idealista: estaría ya inventada; sólo haría falta ponerla en práctica una vez más, vigorizada e imbuida de esa virtud moral que Camus reconoció en los rebeldes enfrentados a la necesidad histórica de matar y, sin embargo, pese a ello, justos.

Hay que insistir, de todos modos, en que no son los ciudadanos, simples lectores de Camus u otros maestros, quienes han de concebir alternativas a la aberración de una guerra preventiva<sup>18</sup>. Eso corresponde a los gobiernos. Los ciudadanos cumplen con recordar que éste es un género de guerra que no contemplan como justa o justificada ninguno de los maestros, religiosos o laicos, de nuestra tradición, ni los clásicos del derecho de gentes, de Francisco de Vitoria a Grocio, ni tampoco la juridicidad internacional actual. Y, al recordarlo, no están incurriendo en utopía<sup>19</sup>.

*Alfredo Fierro es catedrático de Psicología de la Personalidad en la Universidad de Málaga*

16. Lo mismo cabe decir de otros cuerpos militares en paradójica –también ambigua– "misión de paz".

17. Hay que sospechar que no, aunque acaso se aproximan al perfil. También cabe sospechar que la figura del "justo" de Camus, una figura no sólo moral, sino casi religiosa, sacrificial, no es trasladable a un colectivo armado, ni puede tampoco implementarse en una estrategia militar. Lo cual obliga a cerrar el análisis con esta parca conclusión: aunque no coincidan con la idea que he extraído de Camus, los cascos azules representan lo más semejante a ella en un realismo crudo, como lo es siempre el de los conflictos violentos. Si se permite sugerir alguna "mejora" en las fuerzas de Naciones Unidas, la señalaría en su reclutamiento, que convendría hacerlo no "de oficio", casi forzado para los soldados que cada ejército nacional aporta a esas fuerzas, sino "por vocación", por una verdadera elección de cada cual. Ese modo de reclutar contribuiría a eliminar o rebajar los casos de torturas, de violencia, abuso sexual, rapiña y otros abusos, en que en ocasiones han incurrido individuos o grupos del contingente de Naciones Unidas.

18. Aberración cometida en Irak.

19. Son reflexiones con indudable aroma de utopía, no más utópicas, empero, que las de Jürgen Habermas en su teoría social de la acción comunicativa: con el grado de utopía inherente a cualquier propuesta ética. Su mayor debilidad está su inconcreción, su vaguedad, en la ausencia de un análisis político que debe inseparablemente acompañar al ético. En la Edad Moderna, ha tenido Occidente muchos maestros morales: de Montaigne a Camus, pero apenas maestros políticos. Maquiavelo enseñó bien a los príncipes. La violencia de los justos está esperando todavía a su Maquiavelo.